

equivocidad dominante en algunos saberes (inclúyanse entre ellos los de índole didáctico).

No olvidemos que los libros programados no se han constituido como textos que pretenden resolver todas las cuestiones didácticas en torno a un saber. Son más rápidos, seguros y eficaces que otros libros de texto, pero abarcan menor gama de situaciones. El haber aprendido bien los elementos básicos de cualquier saber con una especie de hiperaprendizaje se considera como de gran importancia. Sin embargo, todo cuanto pueda representar creatividad, elaboración de principios, métodos generales de estudio, manera de ajustarse o adaptarse a situaciones cambiantes,

desenvolvimiento de actitudes, etc., no es atacado directamente por medio de estos textos. Tampoco adiestran para la interpretación general de los libros no elaborados de esta manera tan precisa.

Para lo que han servido principalmente estos libros programados es para reafirmar la importancia del estudio serio del aprendizaje, para demostrar que un estudio a modo experimental sirve para favorecer el aprendizaje de otros escolares. Solamente mediante elaboraciones penosas, pero concienzudas, se pueden establecer los conjuntos de elementos de acuerdo con la intención del especialista en esta clase de libros escolares.

La enseñanza del español conversacional a los extranjeros

ALFREDO CARBALLO PICAZO

Profesor adjunto de Gramática general y Crítica literaria
Secretario de la «Revista de Filología Española», CSIC

El alumno que aprendido el español fuera de España se pone en contacto con el idioma hablado aquí, en el tranvía o en la cola del cine, en la tertulia del café o en la barra del bar, siente vacilar de repente sus conocimientos y la confianza en los que le han enseñado la lengua. Su español básico (1), neutro, no es el que escucha a cada paso sin entenderlo. Escucha cosas como éstas: «Fulanita ha dado calabazas a Zutanito»; «esa chica es la reoca»; «a buenas horas, mangas verdes»; «ése sabe más que Lepe». El alumno, en el mejor de los casos, ha aprendido el español literario, culto; se ha asomado tímidamente al conversacional, pero no lo domina.

Y ese español es tal vez el que más le interesa. «Hay que hacerse la lengua estudiándola a ciencia y conciencia en el pueblo que nos rodea más que tomándola hecha, y a gramática y arte, en los viejos escritores, reflexionando la que al

natural nos brote y no recitando la que otros en sus libros depositaron» (2), decía Unamuno haciéndose eco de una opinión muy extendida. No puede ignorarse la influencia, persistente, profunda, del *Spanische Umgangssprache* en la lengua literaria, culta. «Es bien sabido que el español no separa de un modo tajante la lengua literaria del habla usual, y que en nuestros autores de todas las épocas hay siempre una proporción elevada de habla corriente, popular y aun vulgar, que funde los planos idiomáticos» (3). Al alumno le interesa entender lo que oye y hacerse entender en un español así, hablado, coloquial, aunque ello no suponga menosprecio del español literario ni olvido de que necesitará siempre saber en qué circunstancias —y qué difícil saberlo!— empleará una palabra u otra.

FUENTES PARA SU ESTUDIO

La actitud de la investigación española en relación con el *Spanische Umgangssprache* sorprende a primera vista. ¿Cómo no ha sido estudiado con el interés y el rigor necesario? Por desgracia, pronto una enumeración de motivos de muy diversa naturaleza acaba, aunque nos duela, por

(1) No faltan manuales que procuran recoger el español básico, el imprescindible para hacerse entender en una lengua exangüe, casi franca. Concebidos con más rigor, pueden citarse: *A Graded Spanish Word Book*, compiled by Milton A. Buchanan, Toronto, The University of Toronto Press, 1927; H. KENISTON: *Spanish Idiom List*, compiled by H. K. Nueva York, The MacMillan Company, 1929; *A Standard List of Spanish Words and Idioms*, Nueva York, D. C. Heath, 1941. De índole distinta es el *Vocabulario usual, común y fundamental*, de García Hoz. Emilio Lorenzo Criado ha trabajado sobre el español básico en relación con la enseñanza: REVISTA DE EDUCACIÓN núm. 42, 1956, págs. 3-4; número 43, 1956, págs. 36-37; núm. 59, 1957, págs. 67-72, etcétera. A él le debo la referencia de ISMAEL RODRÍGUEZ BOU: *Recuento del vocabulario español*. Universidad de Puerto Rico. Río Piedras, 1952.

(2) MIGUEL DE UNAMUNO: *Sobre la lengua española*, en «Ensayos», Madrid, Aguilar, 1951, pág. 331.

(3) SAMUEL GILI GAYA: *Revista de Filología Española*. 1951. XXXV, pág. 353.

convencernos. La gramática, en España, ha tenido *mal público* como arte y, de rechazo, como ciencia.

Sólo unos ejemplos. «Escritor hay que afirma muy en serio que a los españoles nos hace mucha falta aprender gramática, cuando lo que necesitamos es tener qué decir, y causa en general asombro el que se declare la inutilidad de la gramática para hablar y escribir con corrección y propiedad. Es, sin embargo, la gramática que se enseña y a la que se contraen los que nos la predicán, porque de lo que no se enseña casi nadie habla, una disciplina meramente clasificativa y descriptiva es algo notarlesco o inventarial: redúcese a poner motes, rara vez adecuados, a las formas del lenguaje, llamando, por ejemplo, pluscuamperfecto al *había amado*, y a describir en qué casos se las emplea. Suponer que eso sirva, para maldita la cosa de provecho, si en ello queda, es como suponer que quien sepa llamar *melolontha vulgaris* al abejorro sanjuaneño sabe de éste más que quien le conozca por nombre popular, o no le conozca por nombre alguno específico. Fuera de esto, no es la gramática más que el último abrigo de la ideología escolástica, con sus enmarañadas y abstrusas definiciones del sustantivo, del adjetivo, del adverbio y demás categorías, no ya del lenguaje mismo, sino de la lógica aristotélica; una casuística más en que se preceptúan aplicaciones que no ha menester encasillarlas quien lea a los que bien escriban u oigan a los que bien hablen» (4). La cita es larga y refleja una tradición que llega hasta nuestros días. «Su padre —se dice del de un personaje de Zunzunegui— estaba colocado en una imprenta de corrector. Aquel hombre sabía a fondo una serie de cosas poco útiles; entre ellas, la gramática» (5). Y Francisco de Cossío, el admirable escritor, decía hace tres años: «Hubo un tiempo en que las cuestiones gramaticales interesaban al país» (6). Quitese a esas líneas algo de énfasis y reflejarán —insisto— una opinión muy extendida entre nosotros, entre el *gran público*.

Cuando a principios de siglo Menéndez Pidal, con muy raros precedentes, y en unión de un escogido grupo de colaboradores, inicia el estudio científico de nuestra lengua, dedica prácticamente su atención —y lo mismo hacen sus colaboradores y discípulos— al plano diacrónico. Una rápida lectura de los índices de la *Revista de Filología Española* confirma este hecho: la falta de artículos sobre el español hablado. Tenemos que llegar a la *Gramática española* de Salvador Fernández Ramírez para que, sin escribir la gra-

mática de ese español, entren ejemplos de escritores que lo reflejan: Cela, Gómez de la Serna, Bâroja, etc.

La aportación extranjera ha sido más numerosa y de más calidad que la española. Pienso en tres nombres: Werner Beinhauer, Alice Braue y Hans Oster. Con Werner Beinhauer tenemos los españoles una antigua deuda. Libros como *Spanische Umgangssprache* o *Spanischer Sprachhumor (Augenblicksbildungen)* harían indispensable su mención en la brevísima bibliografía sobre el español hablado. Hay que añadir, por fortuna, otros libros y artículos, casi todos en la misma línea: *Spanische Unterrichtssprache*, Berlín, F. Dümmmler, 1931; *Über Piropos (Volkstum und Kultur der Romanen)*, 1934, VII, 111-163; *El piropo (Ensayos y estudios)*, Berlín, 1940, II, 94-121, 147-155; *Ortsgefühl und sprachlicher Ausdruck im Spanischen (Romanische Forschungen)*, 1940, LIV, 329-334; *Beiträge zu einer spanischen Metaphorik. Der menschlichen Körper in der spanischen Bildsprache (Romanische Forschungen)*, 1941, LV, 1-56, 184-206, 280-336; *Warum span. setecientos und novecientos? (Romanische Forschungen)*, 1941, LV, 132-134; «A la pata la llana» (*Romanische Forschungen*), 1942, LVI, 178-180; «Ratación» (*Romanische Forschungen*), 1942, LVI, 402-404; *La metáfora religiosa en el español hablado (Verdad y Vida)*, Madrid, 1946, 138-155; *Das Tier in der spanischen Bildsprache*, Hamburgo, 1949; *Algunos rasgos evolutivos del andaluz y el lenguaje popular (225-236 de Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso)*, Madrid, Gredos, 1960, tomo I. No he mencionado hasta ahora un libro que me ha sido imposible ver: *Frases y diálogos de la vida diaria*, Leipzig, 1925.

El *Spanische Umgangssprache* (7) interesa desde el punto de vista sintáctico y léxico. Una incompleta enumeración de temas tratados dará idea de su contenido: expresiones de saludo, de tratamiento, de llamada, vocativas, despectivas, insultos, maldiciones, de cortesía, interjecciones, fórmulas ponderativas, muletillas, eufemismos; la ironía, el énfasis, las comparaciones, la elipsis, las series intensivas, los diminutivos, los aumentativos, los despectivos, las antonomasias, las metátesis entre las partes del discurso, la repetición, etc. Muy rara vez le falla a Beinhauer el sentido lingüístico —más cuando trata de las comparaciones: cita algunas en franco desuso, por ejemplo: *más feo que un rascacielos; más feo que un topo*—. El material reunido es mucho, y las interpretaciones, agudas. Toma sus ejemplos del habla de la calle y de escritores costumbristas y del género chico: Vital Aza, Alvarez Quintero, Muñoz Seca, Arniches, Casero, E. F. Gutiérrez Roig, Luis de los Ríos, Pedro Pérez Fernández, Enrique Alvarez Garcia; en la

(4) MIGUEL DE UNAMUNO: *Artículo citado*, págs. 222-322. Sobre las ideas de Unamuno sobre la gramática, véase F. HUARTE MORTÓN: *El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno*. Salamanca. Facultad de Filosofía y Letras, 1954.

(5) *Los caminos del Señor*. Barcelona. Noguer, 1959, página 183.

(6) *ABC*, 30 de julio de 1960. En las páginas de esta revista he publicado un artículo en que reúno algunas noticias curiosas: *En torno a la gramática española*, 1960, XLII, núm. 122, págs. 58-61.

(7) Hay segunda edición, ampliada: Bonn, F. Dümmmlers Verlag, 1958. Sobre la primera, pueden consultarse las reseñas de M. L. WAGNER: *Volkstum und Kultur der Romanen*, 1930, págs. 109-121, y de W. GIESE: *Die neueren Sprachen*, 1930, XXXVIII, págs. 614-616. Sobre la segunda, H. SCHNEIDER: *Romanistisches Jahrbuch*, 1958, IX, págs. 357-360.

última edición incluye a Cela (*La colmena*) y a Rafael Sánchez Ferlosio (*El Jarama*).

En *Spanischer Sprachhumor*, Beinhauer⁸ estudia, sobre todo, las metáforas, paráfrasis y perifrasis, los juegos de palabras, frecuentes en el español hablado. Tiene menos interés que el anterior (8).

Alice Braue ha contribuido también al conocimiento del tema con *Beiträge zur Satzgestaltung der spanischen Umgangssprache*. Hamburgo, 1931. Braue reúne un material abundante y agrupa las expresiones por categorías psicológicas—deseo, mandato, condición, etc.—; alude a otras épocas, pero le falta—como Lapesa señala en su reseña de la *Revista de Filología Española*, 1933, XX, páginas 296-297—la delimitación del ámbito de las palabras y la intención dominante en cada ejemplo; se equivoca al indicar el origen de algunas e interpreta mal varias: «Es, sin duda, útil; si bien, más que como construcción científica, como arsenal de elementos aprovechables; sobre todo, con fines informativos y de enseñanza de nuestro idioma» (9).

De *Die Hervorhebung im Spanischen*. Zürich. Buchdruckerel. Fluntern, 1951, de Hans Oster, publiqué una extensa reseña en la *Revista de Filología Española*, 1952, XXXVI, páginas 347-353. El número de escritores estudiados sobrepasa en poco la docena, y todos ellos pertenecen a los siglos XIX-XX: Pedro Antonio de Alarcón, Alvarez Quintero, S. González Anaya, Carlos Arniches, Manuel Azaña, Pío Baroja, Jacinto Benavente, V. Blasco Ibáñez, José Echegaray, B. Pérez Galdós, A. Insúa, M. J. de Larra, José María Pereda, Ramón Pérez de Ayala, Juan Valera, Valle-Inclán, Martínez Sierra. Ni Alarcón, ni González Anaya, ni Pérez de Ayala son escritores teatrales. ¿No habría sido más interesante estudiar el lenguaje conversacional en Muñoz Seca?

La disertación de Hans Oster carece, en general, de interpretaciones teóricas. Tal vez este propósito justifica el escaso número de fuentes informativas; no pasan de media docena. Faltan, pues, las autoridades gramaticales clásicas y libros tan importantes como *American-Spanish Syntax*, de C. E. Kany. Chicago. University Press, 1951, artículos y monografías sintácticas sobre temas concretos y autores estudiados por Hans Oster. Faltan también porcentajes, frecuencias de los rasgos. Pero el libro es útil, reúne material abundante y no puede olvidarse en el estudio—sobre todo, sintáctico—del español conversacional (10).

Esos tres libros—Beinhauer, Braue, Oster—estudian la afectividad en el español de la calle, con referencia al literario. No debe omitirse el

trabajo de Luis Jaime Cisneros. *Formas de re-lieve en español moderno*, publicado en la Biblioteca Indianorrománica de Filología. Lima, 1957 (11).

Fuera del lenguaje científico, la ironía, el humor, el desprecio, tiñen los hechos gramaticales de matices sorprendentes. La entonación, el orden de palabras y las formas escogidas, todo refleja la afectividad del hablante, sus intenciones y las circunstancias en que se mueve. Con la misma—o mayor—fuerza la afectividad gobierna la vida de las palabras: el profesor no podrá olvidar este ángulo fundamental en la enseñanza a los extranjeros (12).

LOS ESCRITORES

La literatura española ofrece, desde sus primeros pasos—pensemos en Gonzalo de Berceo, en el estilo suelto del viejo poema épico—, una constante preocupación por el lenguaje hablado. En la obra literaria—novela, teatro—, el escritor recoge el habla de la calle con fines muy diversos: para caracterizar ambientes y personajes, para burlarse de las prevaricaciones idiomáticas o con una intención estética. No conviene que el alumno descuide este camino en su conocimiento del *Spanische Umgangssprache*. Mucho le puede enseñar una página de Azorín o de Gabriel Miró; mucho puede enseñarle un capítulo de Pío Baroja, un diálogo de Díaz Cañabate o un artículo de González Ruano.

Entre los escritores del 98—sin olvidar la aportación anterior, inmediata, de Pérez Galdós—des-

(11) No he tenido ocasión de leer este trabajo. Cito por la reseña de J. M. LOPE BLANCH: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1958, XII, págs. 216-218.

(12) Como meros ejemplos, cito algunos títulos importantes para el español hablado, bien porque estudien aspectos del mismo, bien porque ofrezcan posibilidades de comparación con él: M. L. WAGNER: *Über den verblühten Ausdruck im Spanischen* (*Zeitschrift für Romanische Philologie*, 1929, XLIX, págs. 1-26); G. WEISE: *Das religiöse und kirchliche Element in der modernen spanischen Umgangssprache* (*Romanistisches Jahrbuch*, 1953-54, VI, págs. 267-314); J. STRATMANN: *Die hyperkoristischen Formen der neuspanischen Vornamen*, Köln, 1935; OTTO DEUTSCHMANN: *La familia en la fraseología hispano-portuguesa* (*Volkstum und Kultur der Romanen*, 1939, XII, págs. 328-400); *Formules de maledictions en espagnol et en portugais* (*Boletim de Filologia*, 1949, X, págs. 215-272); PAUL PREIS: *Die Antimallisierung von Gegengständen in den Metaphern der spanischen Sprache*. Tübingen, 1932; J. MORAWSKI: *Les formules rimées de la langue espagnole* (*Revista de Filología Española*, 1927, XIV, págs. 113-133); *Les formules apophoniques en espagnol et en roman* (*Idem*, 1929, XVI, págs. 337-365); *Les formules alliterées de la langue espagnole* (*Idem*, 1937, XXIV, págs. 121-161); MARGIT FRENK ALATORRE: *Designaciones de rasgos físicos personales en el habla de la ciudad de Méjico* (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1953, VII, págs. 134-156); FRIDA WEBER: *Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires* (*Revista de Filología Hispánica*, 1941, III, páginas 105-139); J. SOLOGUREN: *Fórmulas de tratamiento en el Perú* (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1954, VIII, págs. 241-267). No se olviden las notas de AMADO ALONSO y de ANGEL ROSENBLAT, publicadas en la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana o en libros aparte, y el artículo de FLACHSKAMPF: *Spanische Gebärdensprache* (*Romanische Forschungen*, 1939, LII, páginas 205-256).

(8) Véase reseñas de LEONIE FEILER: *Revista de Filología Española*, 1933, XX, págs. 87-88, y de G. LE GENTIL: *Revue Critique d'histoire et de Littérature*, 1932, LXVI, págs. 511-512.

(9) RFE, 1933, XX, pág. 297. Véase también W. BEINHAUER: *Forschungen und Fortschritte*, 1931, VII, páginas 375-378, y E. BOURCIEZ: *Bulletin Hispanique*, 1933, XXXV, págs. 175-177.

(10) Consultese la reseña de F. KRÜGER: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1952, VI, págs. 379-387.

tacan dos, Pío Baroja y Ramón del Valle-Inclán, por su aprecio del popularismo y aun del piebeyismo. Valle-Inclán, de manera un tanto forzada, intencionadamente artística; Baroja, que atiende más a la expresividad de la frase que al léxico, al natural, sin preocupaciones artísticas.

Azorin pasa por artífice del estilo: cuida la colocación del adjetivo, el número de los epítetos, borra los gerundios, elimina las oraciones de relativo, interrumpe la marcha alocada del periodo con puntos y coma o puntos, busca afanosamente las acepciones en trance de perderse de una palabra; exhibe, con ilusión de coleccionista, el término insólito. ¿Que piensa Azorin del lenguaje conversacional? «La gramática... no reconoce ni bien ni mal, ni hermoso o feo, el lenguaje estudiado por ella; es indiferente que sea correcto o incorrecto; todo lo expresado por el ser humano es igualmente interesante; estudia la ciencia todos los modos de expresión» (13). Y más adelante: «La esencia del idioma está en parte en los grandes autores clásicos; pero en parte, no menor, en el habla de los mercados, las calles y los campos de Toledo, Avila, Segovia, Zamora, León» (14). Y concluye: «El estilo es vitalidad, a pesar de la gramática y aun a pesar de la lógica» (15).

Aparte del género chico y del teatro costumbrista —no se olvide a Arniches, de tan sorprendentes y estudiados recursos—, merecen citarse algunos nombres de última hora, que, con más o menos habilidad, han procurado ofrecernos el español conversacional de hoy.

Por ejemplo: Camilo José Cela. *La colmena*, transcripción fiel de todo cuanto «tímido» en Madrid se dice y se repite, es el exponente español de una técnica novelística que lleva haciendo furor por esos mundos. Sin el argot, no tendría objeto» (16). Cela advertía en la nota preliminar a la primera edición de *La colmena*: «Esta novela mía no aspira a ser más —ni menos, ciertamente— que un trozo de vida narrado paso a paso, sin reticencias, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre. Queramos o no queramos. La vida es lo que vive —en nosotros o fuera de nosotros—; nosotros no somos más que su vehículo, su excipiente, como dicen los boticarios.» Y Gregorio Marañón, de tan fina sensibilidad, escribía: «Yo declaro mi predilección por *La colmena*, publicada en América, que es una exacta y patética crónica de un sector de la vida española contemporánea con su humanidad numerosa. Con este libro habrá que contar para reconstruir en el futuro la realidad de nuestro tiempo» (17).

(13) *La gramática*, en «El artista y el estilo». Madrid. Aguilar, 1946, pág. 102.

(14) *La labor de un diccionario*, en «El artista y el estilo», pág. 137.

(15) *Vitalidad*, en «El artista y el estilo», pág. 193.

(16) CELSO COLLAZO: *El argot en la novela*. «Insula», 15 de agosto de 1951, núm. 68, pág. 6.

(17) Contestación al discurso de ingreso de Camilo José Cela en la Real Academia Española: *La obra literaria del pintor Solana*. Madrid, 1957, pág. 111. Solana es otro buen ejemplo de español conversacional llevado a una obra literaria. Sobre el lenguaje de Cela, véase ALONSO ZAMORA VICENTE: *Camilo José Cela (Acercamien-*

Abro. al azar, la novela:

«A don José Rodríguez, de Madrid, le tocó un premio de la pedrea, en el último sorteo. Los amigos le dicen:

—Ha habido suertecilla, ¿eh?

Don José responde siempre lo mismo, parece que se lo tiene aprendido:

—¡Bah! Ocho cochinos durejos.»

Y más adelante:

«Por coba se puede llegar hasta el asesinato; seguramente que ha habido más de un crimen que se haya hecho por quedar bien, por dar coba a alguien.

—A todos estos mangantes hay que tratarlos así; las personas decentes no podemos dejar que se nos suban a las barbas. ¡Ya lo decía mi padre! ¿Quieres uvas? Pues entra por uvas. ¡Ja, ja! ¡La muy zorrupia no volvió a arrimar por allí.»

Y luego:

«¿Que tiene usted un apuro? Pues me lo dice y yo, si puedo, se lo arreglo. ¿Que usted trabaja bien y está ahí subido, rascando como Dios manda? Pues yo voy y, cuando toca cerrar, le doy su durito y en paz. ¡Si lo mejor es llevarse bien! ¿Por qué cree usted que yo estoy a matar con mi cuñado? Pues porque es un golfante, que anda por ahí de flete las veinticuatro horas del día y luego se viene hasta casa para comerse la sopa boba. Mi hermana, que es tonta y se lo aguanta, la pobre fué siempre así. ¡Anda que si da conmigo! Por su cara bonita le iba a pasar yo que anduviese todo el día por ahí calentándose con las marmotas. ¡Sería bueno! Si mi cuñado trabajara, como trabajo yo, y arrimara el hombro y trajera algo para casa, otra cosa sería; pero el hombre prefiere camelar a la simple de la Visi y pegarse la gran vida sin dar golpe.»

No se olviden otros títulos de Cela: *El gallego y su cuadrilla*; *Judíos, moros y cristianos*, los relatos de viajes. En casi toda su obra sorprendemos rasgos del español conversacional, aunque sea en sus formas más bajas.

Juan Antonio de Zunzunegui emplea un vocabulario desmandado, caudaloso, torrencial, espejo fiel, casi siempre, de la realidad de algunos sectores de la España nuestra. El alumno no podrá olvidar algunos títulos: *La vida como es*, *El supremo bien*, *Esta oscura desbandada*, *La vida sigue*, *El hijo hecho a contrata*, *Una mujer sobre la tierra*. Zunzunegui insiste machaconamente en unas situaciones concretas y maneja tipos procedentes de muy parecidas clases; de ahí que el léxico recogido pertenezca a unas circunstancias casi idénticas (18).

Son de obligada cita *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio; *Lo que se habla por ahí* y la *Historia de una taberna*, de Antonio Díaz Cañabate —sobre todo, *Lo que se habla por ahí*, riquísimo

to a un escritor), Madrid, Gredos, 1962, págs. 183 y siguientes, y sobre su estilo, OLGA PRJEVALINSKY: *El sistema estético de Camilo José Cela. Expresividad y estructura*. Valencia, Castalia, 1960.

(18) Véase el prólogo de JUAN ANTONIO TAMAYO a *Dos hombres y dos mujeres en medio*. Madrid. Summa, 1944, páginas 37 y siguientes.

flón de lenguaje conversacional—; *Estampas y sainetes*, de Antonio Calderón y Eduardo Vázquez; *Lola, espejo oscuro*, de Dario Fernández Flórez; *El curso*, de Juan Antonio Payno, y tantos y tantos títulos de novelas aparecidas en los últimos años y que, siguiendo una rica tradición española e influidas por aires de fuera, recogen el lenguaje de nuestros días, ese español que el alumno extranjero oye en la mayoría de las circunstancias con mal disimulado asombro (19).

CRITERIOS DE ORDENACION DE UN VOCABULARIO

Pueden ordenarse las palabras, en vocabularios para extranjeros, por temas. Este criterio ha tenido numerosos seguidores en la enseñanza elemental o superior. Citaré sólo dos ejemplos: el *Duden español*, que presenta los términos relacionados temáticamente por partida doble: simple enumeración de ellos y los términos en dibujos que aclaran el significado y los motivos de la asociación. El mejor ejemplo de diccionario de ideas afines en español es el conocidísimo del secretario perpetuo de la Real Academia Española y director de su seminario de Lexicografía, don Julio Casares: *Diccionario ideológico de la Lengua Española. Desde la idea a la palabra; desde la palabra a la idea*. Walter von Wartburg, autoridad indiscutible en la materia, ha juzgado así el libro: «Hubo que reconocer que dicho libro, por su concepción y realización, aventajaba notablemente a todos los diccionarios descriptivos, incluidos los de otras lenguas... La importancia de un

(19) Entre el área del habla común y el área de las particulares, regionales, profesionales, etc., existe un continuo intercambio. Los límites del vocabulario no son algo rígido. Existen muchos y buenos léxicos de oficios, artes, profesiones—medicina, física, química, música, ballet, construcción, hípica, caza, etc.—. Para el lenguaje de los toros, puede consultarse José María Cossío: *Los toros. Tratado técnico e histórico*. Madrid, Espasa-Calpe, 1947, tomo II, págs. 235-242; remite a trabajos de Wilhelm Kolbe y de Wilhelm Hanisch. Para los deportes, con algunos reparos, OTTO PFÄNDLER: *Wortschatz der Sportsprache Spaniens, mit besonderer Berücksichtigung der Ballsportarten*. Berna. A. Francke Ag. Verlag, 1954; para la influencia de los gitanismos en el español, CARLOS CLAVERÍA: *Estudios sobre los gitanismos del español*. Madrid, 1951, y *Revista Nacional de Educación*, 1941, I, págs. 65-80, sobre el argot y el lenguaje popular. Son unas muestras de los amplios horizontes de una bibliografía copiosísima.

El habla de Madrid no ha tenido mucha suerte. Sólo pueden citarse: ROBERTO PASTOR y MOLINA: *Vocabulario de madrileñismos*. «Revue Hispanique», 1908, XVIII, páginas 51-72; FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA: *Notas sobre el habla de Madrid*. «Cuadernos de Literaturas», 1943, II, págs. 261-272; J. VALLEJO: *Papeletas para el diccionario*. «Boletín de la Real Academia Española», 1952, XXXII, págs. 361-412; F. RUIZ MORCUNDE: *Algunas notas de lenguaje popular madrileño*. «Homenaje a Menéndez Pidal», 1925, II, págs. 205-212; A. ZAMORA VICENTE: *Una mirada al hablar madrileño*. «ABC», 11 de junio de 1961; José de Onís: *La lengua popular madrileña en la obra de Pérez Galdós*. «Revista Hispánica Moderna», 1949, XV, págs. 353-363. El catedrático de la Universidad de Madrid don Rafael Lapesa Melgar ha orientado a muchos de sus alumnos en el estudio del lenguaje conversacional; esperamos que pronto aparezcan algunos trabajos hechos bajo su cuidada dirección.

libro como éste para la educación lingüística de un país es cosa que nunca podrá ponderarse debidamente. Se trata de la primera obra que presenta el caudal léxico de una lengua en toda su plenitud a partir de una concepción de conjunto, y tiene, por tanto, el valor de una piedra miliar en la historia de la Lexicografía» (20).

Conviene seguir, en la ordenación temática, un proceso lógico. Por ejemplo: vocabulario sobre el cuerpo humano. Primero, los aspectos básicos constitutivos del hombre, el alma y el cuerpo; el aspecto del hombre en general; luego, las partes del cuerpo humano—cabeza, tronco, miembros—; las actividades correspondientes a los órganos; las variedades físicas del hombre. El alumno podrá seguir, idealmente o no, un orden de fácil comprensión.

Otros principios de asociación facilitan el aprendizaje del vocabulario:

a) *Homofonía*: ojear-hojear.

b) *Etimología* (21): la palabra incluida en el vocabulario permite reunir el mayor número posible de la misma raíz, aunque la palabra raíz no aparezca citada como referencia en la lista. Así el alumno puede ampliar, partiendo de un significado, su caudal léxico y apreciar los matices semánticos de una misma familia. Interesa mucho que distinga los valores correspondientes a prefijos, sufijos, etc., y los casos en que entre el sufijo y la idea que conlleva naturalmente existen diferencias: *callejón, islote*, etc.

Una palabra puede tener, y de hecho tienen casi todas, varias acepciones (polisemia). La mayoría de las veces no convendrá acumular un número excesivo; convendrá asociar una palabra de etimología distinta a una familia de palabras con étimo diferente si resulta así más eficaz el aprendizaje. Por ejemplo: *no hay tu tía*. No procede este *tía* del étimo del nombre familiar: alude a un medicamento muy eficaz para las enfermedades de los ojos—*atutia* o *tutia*, así lo menciona, entre otros, Vicente Espinel—. El alumno puede aprender por la forma y por la significación al mismo tiempo.

c) *Sinonimia*. Una palabra no vive sola; como los fonemas, se define en función de otras, próximas o lejanas. Problema discutidísimo, y en el que no puedo entrar, los sinónimos son un camino obligado en el conocimiento de una lengua. Los sinónimos perfectos constituyen algo insólito, al menos en el habla de todos los días. «Nuestro sentido espontáneo del idioma propio nos conduce a no emplear indistintivamente los sinónimos

(20) *Introducción a la lexicografía moderna*. Madrid, 1950. El libro está agotado desde hace tiempo; incomprendiblemente no se reedita. Puede consultarse J. DE ENTRAMBASAGUAS: *Revista de Filología Española*, 1942, XXVI, págs. 526-529. Otros diccionarios han adoptado el mismo criterio que el de Casares. Por ejemplo, el *Diccionario de ideas y expresiones afines*, de CARLOS KALVERAM. Madrid. Aguilar, 1956. El autor reconoce su deuda con Casares, la Real Academia Española y el *Pequeño Larousse Ilustrado*. No olvido los textos publicados para extranjeros y redactado por españoles: Elena Villamana, Martín Alonso, Francisco de B. Moll.

(21) El español cuenta, hoy, con buenos diccionarios etimológicos: de Corominas y de García de Diego.

en cualquier circunstancia como valores expresivos equivalentes y sustituibles entre sí. En una serie sinonímica como *terminar, acabar, concluir, finalizar, ultimar, finiquitar, rematar*, sentimos todos diferencias que, aunque no acertásemos a formularlas, de un modo general, nos harían rechazar como impropia, por ejemplo, una expresión como *este palo concluye en punta, o aquí última el término municipal del pueblo*. Dos compañeros de una misma profesión se llaman *compañeros* en cualquier caso; pero *colega* se aplica sólo en las profesiones liberales... La estimación por parte del hablante, los diversos planos sociales del habla y la delimitación geográfica de numerosos vocablos, actúan asimismo como factores de diferenciación sinonímica en el sistema sincrónico de cualquier lengua» (22). Si hay dos sinónimos totalmente iguales o que al hablante le parecen así, tiende a diferenciarlos por la extensión, el matiz afectivo, la capa de la sociedad, el ámbito geográfico, etc. En último término, el más pintoresco o preciso terminará por imponerse. Pensemos, en las asociaciones, en los valores poéticos por evocación, que despiertan en nosotros términos como *cadáver* o *fiambre*.

El profesor tendrá que situar la palabra en su circunstancia. «El vocabulario, el diccionario, es todo lo contrario del lenguaje, y las palabras no son palabras sino cuando son dichas por alguien a alguien. Sólo así, funcionando como concreta acción, como acción viviente de un ser humano sobre otro ser humano tiene realidad verbal. Y como los hombres entre quienes las palabras se cruzan son vidas humanas, y toda vida se halla en todo instante en una determinada circunstancia o situación, es evidente que la realidad «palabra» es inseparable de quien la dice, de a quien va dicha y de la situación en que esto acontece. Todo lo que no sea tomar así la palabra es convertirla en una abstracción; es desvirtuarla, amputarla y quedarse sólo con un fragmento exánime de ella» (23).

Cuando hablamos en un medio familiar, íntimo, empleamos un término distinto del que empleamos en un círculo social diferente—la clase, la conferencia, el diálogo con el profesor, la conversación con una mujer, etc.—. Bien conocida es la anécdota del hispanista que empezó un discurso inclinándose su *chola* ante el público que había acudido a escuchar una disertación lingüístico-literaria. El profesor tendrá que advertir al alumno, como don Quijote a Sancho, los casos en que una palabra suena mal, y, labor caritativa, le advertirá los peligros que una confusión puede provocar: *estar-ser buena*, por ejemplo, referido a una mujer.

Los límites de una palabra vienen dados por los de sus vecinas, y sólo en función de esas fronteras puede dibujarse el área que corresponde a una concreta. Los sinónimos se ordenan en series

de muy diversa intensidad y matiz. El propósito ennoblecedor, despectivo, burlesco, dispone de términos diferentes, aunque correspondan a una misma serie. El habla no funciona, como algunos filólogos pensaron, al modo de los organismos vivos. La metáfora *vida de las palabras* puede resultar peligrosa; pero, si, oculto o no, el hablante creador del término o de la acepción—el lenguaje, decía Croce, es siempre creación, y por ello confundía lingüística y estética—, el lenguaje parece cubrir insensiblemente los huecos que el tiempo abre en él. Por ejemplo: las palabras que designan *retrete*. El término tolerado queda al margen, no apto, en un plazo más o menos largo. Por ejemplo, la adjetivación. El hablante recorre la escala de los adjetivos, heterogéneos acaso, en busca de algo nuevo, inaudito: *soberbio, magnífico, regio, estupendo, colosal, bárbaro, morrocotudo, bestial, brutal, imponente, fantástico, soberano, divino, fabuloso, monumental, fenómeno...* Y siempre le falta el término que satisfaga plenamente a su imaginación desatada; así, caerá en comparaciones absurdas, incongruentes. Oímos al pasar una mujer: *está como un tren*. Difícil, muy difícil, señalar en la serie sinonímica los límites.

Existe una vallosa colección de libros de sinonimia española, eco, sobre todo, de las preocupaciones francesas. Marie Elisabeth Metzger ha dedicado al tema su tesis doctoral. Samuel Gill Gaya facilita una bibliografía incompleta, pero muy útil, en el prólogo de su mencionado libro de sinónimos.

d) *Los modismos, las locuciones*, etc. Julio Casares, en el libro *Introducción a la lexicografía moderna*, libro de muy rica información y de amenísima lectura, ha precisado maravillosamente los límites del modismo, de la locución, de la frase proverbial, del refrán, etc. A él remito. No se olvide que en fecha todavía próxima, en 1948-49, en el Instituto de Humanidades, fundado por José Ortega y Gasset, se estudió el tema, el modismo, con participación de especialistas de primera fila.

El modismo constituye una de las dificultades, si no la mayor de las dificultades, con que tropieza el estudiante de una lengua extranjera. «El castellano—decía Julio Cejador—es fácil de aprender para los forasteros, fuera de los verbos irregulares; pero sólo con cierto caudal de castellano que les basta para darse a entender, porque ese caudal es el mismo que hablan en francés e italiano como derivados del latín. Lo escabroso llega cuando quieren meterse un poco más adentro, en lo idiomático de nuestro romance, que es, en suma, la fraseología; cuando, por ejemplo, quieren leer a Galdós, henchido de frases familiares, y más cuando arremeten con el *Quijote* y otros libros del Siglo de Oro» (24). La opinión de Cejador sobre las dificultades sintácticas

(22) SAMUEL GILL GAYA: *Diccionario de sinónimos*. Barcelona. Spes, 1958, pág. V.

(23) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *El hombre y la gente*. «Revista de Occidente». Madrid, 1957, págs. 273-274.

(24) *Fraseología o estilística castellana*. Madrid, 1922, página 24; H. CORBATÓ: *Los modismos en la enseñanza del español*. «The Modern Language Forum», 1932, páginas 39-42.

ticas y morfológicas del español es demasiado optimista, pero en cuanto a los modismos, exacta. Una por una, las palabras resultan fáciles al alumno: unidas en un sintagma concreto, un misterio.

Desde hace mucho tiempo, siglos, los escritores —por ejemplo, Quevedo— y los críticos y filólogos han dedicado especial atención al estudio de los modismos. La lectura de la *Fraseología o estilística castellana*, de Julio Cejador, abruma por el número y la variedad de los reunidos allí, tomados de textos de los siglos XVI y XVII. Cejador intenta una rápida caracterización del pueblo español por el camino de los modismos. «En ningún país han tenido estas fórmulas expresivas el desarrollo casi anormal que observamos en nuestra patria ni han logrado en parte alguna el predicamento en que los tuvieron los grandes escritores de nuestro Siglo de Oro» (25).

De todos los diccionarios de modismos, el que todavía puede considerarse como el más rico es el de Ramón Caballero y Rubio: *Diccionario de modismos (frases y metáforas), primero y único de su género en España*, coleccionado por Ramón Caballero, con prólogo de E. Benot (26). Así lo considera Julio Casares (27). El libro, fruto de muchos años de trabajo, conserva indudable valor. Caballero perteneció a un grupo de escritores que, sin preparación científica, se adentró por el laberinto del lenguaje. Reunió, sin clasificar prácticamente, un caudal extraordinario de artículos, más de 45.000 calcula Julio Casares; caudal heterogéneo que confunde y cansa. «Voces aisladas, vulgarismos, términos de caló, locuciones de todo género, comparaciones, frases proverbiales, refranes, etc.» (28). Si nos atenemos al título del libro tendremos que eliminar «varios millares de expresiones que evidentemente están fuera de lugar» (29). Por ejemplo: *preso, profeta*. Y no sólo el material recogido merece severa crítica; también el método de trabajo. Caballero incluye, por separado, una misma expresión según vaya en infinitivo o en un tiempo determinado —*es más bueno que el pan, ser más bueno que el pan; habla por los codos, hablar por los codos*—. O repite expresiones según lleven o no complemento indirecto —*hacerle la rosca, hacer la rosca*— o artículo o no —*el puerto de arrebatapapas, puerto de arrebatapapas*—. Lo mismo ocurre con las preposiciones. Todo ello alarga el diccionario y dificulta su manejo. Pero, insisto, es el corpus más abundante de modismos.

EL PORQUE DE LOS DICHOS

La mayoría de las veces, al emplear una expresión, ignoramos su origen. ¿Cuántos de los

(25) CASARES: *Ob. cit.*, pág. 219.

(26) La primera edición es de 1898-1900; la segunda, de Madrid, 1905. Hay otra de Buenos Aires, Librería El Ateneo, 1942.

(27) CASARES: *Ob. cit.*, pág. 211.

(28) CASARES: *Ob. cit.*, pág. 207.

(29) CASARES: *Ob. cit.*, pág. 217.

que dicen *irse a la porra* o *es un virra la virgen* conocen el de éstas? No es tarea fácil descubrirlo. El hombre de la calle sigue usándola, adaptada o no —muchos pensarán en la obra de los Quintero al escuchar *pasar las de Cain*— a nuevas circunstancias; deformada, sin preocuparse de cuándo ni de por qué surgió. Como la etimología de la palabra, el origen de la expresión tiene un valor secundario la mayoría de las veces. Y, sin embargo, la expresión evoca una circunstancia histórica concreta. «Leyendas desaparecidas, supersticiones ahuyentadas, ritos, costumbres, juegos populares, oficios venidos a menos, rivalidades entre pueblos vecinos, minúsculos sucesos memorables para una aldea o para una familia... Toda la psicología, toda la vida íntima y social, toda la historia no historiable de nuestros antepasados ha ido dejando sus huellas en esas fórmulas elípticas, que se acuñaron para dejarlas en herencia a los que vinieran después» (30).

¿Quién empleará hoy *tijeretas han de ser* y sabrá su origen? El dicho suele ir unido a una circunstancia fugaz, más o menos fugaz. Pocos se salvan de la acción destructora del tiempo. ¿Quién fué *la tia Javiera*, personaje que dió nombre a unas rosquillas todavía llamadas así, con conocimiento de causa, por nuestros padres? ¿Cuánto tiempo durará la memoria del *perro Paco* —*sabe más que el perro Paco*—, protagonista de anécdotas curiosas en el Madrid de Forros? ¿Cuántos madrileños de veinte años conocerán el nombre de *El Gua*, aplicado durante la guerra a la plaza de Bilbao? El tiempo, sí, altera, deforma, corroe las palabras y los modismos, los aleja de su centro primitivo.

Alguien puede sentir natural interés de conocer el porqué de los dichos. Tal vez el libro más accesible hoy día sea el de José María Iribarren: *El porqué de los dichos*, Madrid, Aguilar, 1956 —segunda edición, aumentada—. Cajón de sastre, el libro de Iribarren describe con gran amenidad comparaciones populares, expresiones afortunadas y frases históricas, origen de algunas palabras, notas sobre proverbios, sentencias y aforismos, curiosidades diversas. El lector encuentra referencias precisas a las fuentes utilizadas (31).

LA DIVERSIDAD DEL ESPAÑOL

El alumno de los cursos de extranjeros muchas veces, muchísimas veces, no piensa dedicarse a la enseñanza del español, y menos a investigar nuestra lengua. Le mueven intereses más concretos y prácticos: las posibilidades del castellano en las relaciones sociales, en Europa o fuera de ella. Si piensa vivir en Hispanoamérica, el alumno tropezará con nuevas dificultades. Entre el español hablado en Madrid. Santander o Va-

(30) CASARES: *Ob. cit.*, pág. 241.

(31) DÁMASO ALONSO: *Clavileño* núm. 35, septiembre-octubre, 1955, págs. 74-75.

Madrid y el español hablado en Buenos Aires, Caracas, Bogotá o Lima hay diferencias, sensibles diferencias. Algunos gramáticos—Rufino José Cuervo especialmente—del otro lado del Atlántico profetizaron una catastrófica disgregación entre el castellano de aquí y el de allí. Menéndez Pidal ha expuesto en un famoso artículo los motivos que permiten esperar, con menos pesimismo del que creía Cuervo, en el futuro. Pero Menéndez Pidal advertía: «En el vocabulario es donde más cabida tiene el particularismo regional, y es de desear que la geografía léxica no tarde en hallar un puesto en las gramáticas prácticas. Por lo que hace a América, es preciso dar a conocer los vocablos que, siendo desconocidos en España, se hallan más difundidos en América e indicar con la mayor precisión posible el área a que se extienden, así como en otros vocablos con que luchan» (32).

El alumno no deberá ignorar esas dificultades. Dámaso Alonso ha aludido a ellas con conocimiento de causa (33). *Volante, timón, manubrio, guía*, por ejemplo, para designar el volante del automóvil. Dos direcciones culturales innovadoras en el mundo hispánico: la del inglés americano (*steering-wheel*) y la francesa (*volant*). Y así, otros muchos ejemplos.

Palabras aisladas, modismos. Charles E. Kany menciona muy curiosos ejemplos en su reciente *American-Spanish Semantics*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1960: *cada mochuelo a su olivo, cada carancho a su rancho, cada chancho a su estaca, cada mico en su cajón, cada chango a su mecate*, etc. (34).

Y no sólo esto. También tropezará con otro escollo. La aduana lingüística ha alejado allí del habla de todos los días muchas palabras de libre circulación en España. Palabras blancas aquí son impronunciabiles en Hispanoamérica. Todos hemos oído anécdotas, molestísimas anécdotas para el protagonista, sobre este asunto: al español recién llegado se le escapa un término *obscenizado* y siembra el desconcierto en la tertulia o en el público que asiste a la conferencia o a la charla.

¿Dónde puede el alumno conocer lo que no se puede decir aquí o allí? Por suerte o por desgracia no hay trabajos de conjunto; sí, muy valiosos, monográficos. Para el dominio hispano-

americano véase Charles E. Kany: *American-Spanish Euphemisms*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1960. Completan este curioso libro artículos como los de Ambrosio Rabanales: *Uso topológico en el lenguaje chileno de nombres del reino vegetal* («Boletín de Filología», Santiago de Chile, 1947-49, V, páginas 137-243) y Rodolfo Oroz: *Metáforas relativas a las partes del cuerpo humano en la lengua popular chilena* («Boletín del Instituto Caro y Cuervo», 1949, V, 85-100), aunque este último no tiene, predominantemente, ese carácter.

LA ADUANA LINGÜÍSTICA

Hemos aludido al lamentable e inevitable fenómeno de contagio en Hispanoamérica a palabras neutras aquí de acepciones obscenas. Hay palabras que han tenido siempre esa acepción; no pueden, por diversas razones, cruzar la aduana lingüística. En clase, el profesor tiene que ignorar su existencia, aunque ese olvido suponga la pérdida de un campo riquísimo del léxico del hombre de la calle. El libro de Beinhauer puede, en parte, llenar ese vacío; para el catalán, M. L. Wagner.

EJERCICIOS DE CONVERSACION

El profesor puede, apoyándose en las listas de palabras de un vocabulario, dirigir la conversación, el diálogo, entrecortado o fluido. El método activo, directo, le permitirá sacar de la sombra a los tímidos que no se atreven a hablar.

Sería ridículo negar la utilidad de las conversaciones hechas, pero hay que advertir que nosotros no hablamos casi nunca como pretenden los manuales de enseñanza para extranjeros. Suelen ser diálogos exangües, sin gracia, y sus líneas reflejan, pobremente, la rica expresividad cotidiana. A veces con esas preguntas y respuestas tontas se puede escribir un artículo tan maravilloso como el de Rafael Sánchez Mazas *El método de Ahn* («Arriba», 11 de febrero de 1946), pero esto no ocurre todos los días. En las clases prácticas el alumno puede soltarse en un español más coloreado y rico que el propuesto por esa red de preguntas y respuestas facilonas (35).

(32) *La lengua española*, págs. 123-143, de «La lengua de Cristóbal Colón». *El estilo de Santa Teresa y otros estudios sobre el siglo XVI*. Madrid. Espasa-Calpe, 1942, págs. 140-141.

(33) *Unidad y defensa del idioma*. Memorias del II Congreso de Academias de la Lengua Española, páginas 29 y siguientes.

(34) Página 9. A KANY, autor de libros tan valiosos como *American-Spanish Syntax* y *Euphemisms*, se debe un buen manual de conversación: *Spoken Spanish for travelers and students*. Boston D. C., Heath and Company, 1943, en el que se incorpora mucho vocabulario hispanoamericano.

(35) En 1961 publiqué, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, un libro con el título *Español conversacional. Ejercicios de vocabulario*, y en 1962, una segunda parte, *Ejercicios de gramática*. En el primero intenté poner en práctica algunas de las orientaciones expuestas aquí y adelantadas entonces.